

# Testimonio 1\*

*Jorge Assef*

Siendo muy joven, entendí que no podía dedicarme a otra cosa más que al psicoanálisis, pero entonces eso sólo significaba psicoanalizar a otros, quería explicarles a los otros lo que les pasaba, “hacer que les vaya bien”. Quería entender hasta el último matema de Lacan, saber mucho, confiando en que al final todo tendría explicación y los imposibles se resolverían.

Así, una interacción entre idealización y voracidad se jugaba en un esfuerzo exagerado puesto en el estudio, la preocupación por la eficiencia en el trabajo, el *furor curandis* y la multiplicación de las supervisiones, hasta que el cuerpo se quebraba en estados gripales, gastritis, desmayos, etcétera. Pero eso no me preocupaba tanto a mis 23 años; lo que más me importaba eran las cuestiones del amor, y en ese terreno era donde más sufría.

Mi primer periodo de análisis fueron once años de dos sesiones semanales. Padeía de una histeria muy consistente organizada en torno a una insaciable demanda de amor desplegada en un circuito donde volvían a aparecer la idealización y la voracidad y terminaba siempre en la posición del abandonado.

La primera vez que pensé en el pase fue cuando descubrí el modo en que aquella demanda de amor insaciable condicionaba mi práctica; entonces se me volvió claro que no se trataba de cuánto esfuerzo pusiera en estudiar, trabajar o supervisar, sino que la clave estaba en llevar mi análisis lo más lejos posible.

El pase fue un efecto que el mismo análisis impulsó mientras se reconstruía el acontecimiento traumático y las coordenadas del fantasma se despejaban. Así, a

---

\* Primer testimonio, presentado a través de la plataforma virtual Zoom, el sábado 2 de octubre de 2021.

medida que lo patético del caso dejaba lugar a la lectura lógica del programa de goce, se relativizaba mi gusto apasionado por un saber adherido a la verdad, y el deseo en torno al pase se sentía en el cuerpo.

Hoy intentaré transmitir el eje lógico que me condujo hasta el final y su costo libidinal a través de cinco puntos que son a su vez cinco momentos de mi análisis.

## 1. El trauma y la envoltura formal del síntoma

Promediando el final de mi primer periodo de análisis en la ciudad de Córdoba, me enamoré de alguien que vivía en otra ciudad.

Luego de un tiempo de análisis en París, que me permitió ubicar lo que el analista interpretó entonces como "identificación al dolor maternal", pude aliviar aquel encuentro amoroso de la demanda que exigía multiplicar los signos de amor para encontrar una garantía imposible.

Al inicio del segundo periodo de análisis, esta vez en Buenos Aires, aquel encuentro amoroso se había vuelto una relación estable y bastante aligerada de la demanda; sin embargo, estaba teñida de una tristeza que encontraba el marco justo en la distancia y se desataba en las despedidas de cada fin de semana donde los abrazos se llenaban de lágrimas.

La nostalgia de las despedidas estaba a la orden del día en una historia familiar de tres generaciones atravesadas por la distancia y los abandonos. Pero yo había perfeccionado esa tradición sumándole una cuota de dramatismo desde los 4 años, cuando en la puerta del colegio me abrazaba fuerte a mi papá porque no quería quedarme en el jardín; forcejeos con las maestras, gritos y llantos, hicieron el escándalo cotidiano que inauguró el largo camino de psicoterapias que me acompañó desde esa edad hasta que descubrí el psicoanálisis de la orientación lacaniana en la universidad, y por esa vía llegué a la Escuela. Tenía 21 años.

A esto se sumaba que mi padre viajaba por trabajo y mis dos hermanas mayores estudiaban afuera, así que me pasé la infancia gozando de despedidas hollywoodenses y haciendo una bandera de lo que para mí era la máxima declaración de amor posible: "Te extraño".

Cuando el encuentro con el otro tocó el cuerpo por primera vez, yo tenía 16 años y ya estaba presente la distancia como condición de amor; pero como no lo sabía, lo padecía como una especie de destino maldito: enamorarme siempre de aquel que se estaba yendo.

Una vez en la relación estable que hasta hoy me acompaña (y aún vivimos en ciudades diferentes), seguía hablando en análisis del llanto presente en el abrazo de cada despedida cada fin de semana. Interrogando la cuestión durante una sesión, la analista me pregunta sobre el recuerdo más antiguo que tenía al respecto. Sin tenerlo tan claro todavía, relaté la escena traumática: *Estaba con mis padres en una plaza; tenía 3 años; mi madre desaparece y mi padre entra a la Catedral que está enfrente a buscarla; me lleva en brazos, recorre el lugar y no la en-*

*cuentra; yo lo percibo inquieto; de repente, me encuentro con unos enormes ojos negros de una mujer que me mira fijamente, me asusto y llorando me agarro de mi padre abrazando su cuello.*

Los abrazos estaban presentes en muchos episodios de mi vida. Por eso, apenas iniciado el segundo periodo de mi análisis, en la segunda sesión, cuando la analista me preguntó “¿De qué goza tu cuerpo?”, le respondí sin dudar: “De abrazar y de comer”. No tuve dimensión del valor de esa respuesta hasta varios años después, cuando una pesadilla abrió el camino hacia el tiempo en que empezó a perfilarse el final del análisis: *Estoy con mi pareja, él me abraza por la cintura pero con una de sus manos me agarra del costado del cuerpo haciendo cada vez más presión, me provoca mucho dolor y se lo digo; él me mira fijo con sus ojos celestes y me agarra cada vez más fuerte, empiezo a llorar de dolor pero quiero entender, le pido que me explique por qué lo hace, me pregunto si eso es amor; él se mantiene mirándome fijo en silencio y de pronto acerca su rostro a mi cara; en ese momento, sus ojos celestes se tornan negros; grito desesperado, todo se funde a negro y me despierto gritando “Me quiere comer el hígado”.*

La mirada del otro había sido muchas veces un tema en el análisis, se me volvía persecutoria, siempre incómoda. Poco tiempo antes había advertido la cantidad de señuelos que elaboré para desviar la mirada del otro; entre los más efectivos estaba el uso que hacía de la vestimenta. Pero la pesadilla indicaba que lo más perturbador de la mirada aparecía en el punto donde lo escópico se articulaba al objeto oral, que era justamente el objeto que regía la lógica del fantasma.

No obstante, lo más importante apareció un par de días después, cuando advertí que lo que provocó el despertar no había sido el dolor, sino el momento en que me daba cuenta de que los ojos celestes eran en verdad negros. Entonces, ¡eran mis propios ojos!

Así, con ecos de la escena traumática, la pesadilla sólo hablaba de mí, y allí estaba el máximo punto de horror. El circuito pulsional, que se representaba en su versión más elemental, articulaba claramente el abrazo a la voracidad (aquellos modos de gozar aislados en la segunda sesión), y el significante que el inconsciente produjo una vez en análisis fue: *garrapata*.

Así descubrí que el “osito cariñoso” que yo me creía escondía ese parásito repugnante que se adhiere al otro para devorarlo. Estuve impactado por semanas, pero también entusiasmado, ya que por fin entendía el *culebrón* de desengaños amorosos del que me había compadecido toda mi vida, y había encontrado un nombre que resumía bastante bien las distintas caras de mi síntoma.

Entonces, con el significante *garrapata* que ahora nombraba algo en mí, entré a lo que serían los últimos tres años de mi análisis. En ese momento, el pase comenzó a volverse mi principal interés teórico; empecé a elegirlo como tema de cárteles, investigar su política, prestar atención a su historia; estudiaba cada testimonio y estaba más atento que nunca a mi propio inconsciente.

## 2. El atravesamiento del fantasma y la marca original

Un curioso vértigo que me había invadido en ocasiones, cuando como turista visitaba la catedral de alguna ciudad, desapareció después de relatar en análisis la escena traumática que se localizaba justamente en una catedral. Pero un nuevo síntoma empezó a manifestarse, una incipiente fobia a los aviones.

En ese tiempo, una situación accidental en New York provocó que alguien me diga “*I catch you*” (te agarré), generando una catarata de recuerdos muy útiles para ese momento del análisis. No es casual que viniera de la lengua inglesa; las resonancias libidinales que ese idioma tiene para mí me permitieron descubrir otras declinaciones del verbo “agarrar” y de mi propia historia.

Mientras tanto, la fobia empeoraba; entraba al avión y empezaba a sudar. Pero lo peor era cuando el avión se movía: entonces me descomponía, temblaba, me ahogaba.

Para alguien que vivía en un continuo desplazamiento entre países y ciudades, que tomaba un promedio de seis vuelos al mes, una fobia a volar era altamente inhabilitante, así que estaba muy preocupado, pero no encontraba respuestas.

Durante una sesión, las asociaciones me llevan a un recuerdo de los 7 años. Estaba en un parque de diversiones, quería subir a uno de los juegos y le pido a mi madre que me acompañe; cuando el movimiento toma velocidad, mi madre empieza a gritar “¡Agarrate fuerte, agarrate fuerte!”. Tanto gritó que hizo detener el juego.

Esta vez, *agarrarse* se presentaba como el imperativo de la voz materna que había sido grabado a fuego en el superyó.

A medida que el tema con los aviones empeoraba, yo recordaba aquella cita de la “Conferencia en Ginebra...” donde Lacan indica que la fobia quiere decir estar “amedrentado” por el goce,<sup>1</sup> así que no podía dejar de interpretar lo que me pasaba como una buena señal. Me estaba acercando al hueso, y tenía confianza.

Volviendo de México, conmovido aún por las resonancias que me provocó escuchar un testimonio de pase memorable en el que resplandecía el significante “soltar”, decidí escribir, sin parar, todo lo que se me viniera a la mente durante el vuelo. Mientras atravesábamos una zona de turbulencia, recordé que mi madre me había dicho varias veces: “Vos casi nacés en un avión”.

Sucede que, después del nacimiento de la hermana que me precede, mi madre inicia un tratamiento para poder tener su tercer hijo; estando en ese tratamiento, perdió 10 embarazos en distintos estados de gestación; yo nací del intento número 11, que transcurrió bajo un control médico complejo para el cual mi madre tenía que trasladarse en avión todas las semanas a la ciudad donde residía su médico.

---

<sup>1</sup> J. Lacan, “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”, *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 2006, p. 128.

La memoria no me dejaba acceder a una idea remota, pero que insistía: mi madre me había contado que durante ese embarazo ella le hablaba al hijo que llevaba en su vientre. Así que, apenas el avión tocó la pista, la llamé para preguntarle sobre esa historia. Ella estaba ocupada y me respondió más tarde por mensaje de texto: "Cuando estaba embarazada de vos, yo te decía *Agarrate fuerte*". Al recibir el mensaje, estaba saliendo del aeropuerto, pero tuve que buscar un lugar para sentarme.

Horas después, en sesión, la analista exclamó: "¡Encontraste la marca original!".

En el transcurso de ese día, sentí cómo, de repente, todo se resumía en la articulación entre la fórmula fantasmática "Agarrarse del Otro" y el *síntoma garrapata*. La retroalimentación entre ambos delineaba una dinámica pulsional ordenada por el objeto oral, y cuyas declinaciones "agarrarse", "hacerse agarrar", "soltarse", "no dejarse agarrar", podían reconocerse en cada elección que hice a lo largo de mi vida, incluso en la elección de una analista que entendió desde el principio que no tenía que mostrar ningún interés en mí ni en nada de lo que yo supusiera que ella podría querer de mí, para que sea yo quien pudiera agarrarme de ella el tiempo que hiciera falta.

Al final de ese día, terminé de comprender una interpretación recibida años atrás y que siempre tuve presente. Sucedió en una sesión en la que yo hablaba de la determinación con la que estaba decidido a sostener mi posición sobre un tema político de la Escuela. Cuando iba saliendo, en el marco de la puerta, la analista me dice "Eso es muy tuyo" y pone frente a mi cara su puño, cerrado con fuerza... Esa intervención ahora tenía otro sentido.

Al día siguiente se produjo lo que ubiqué como el atravesamiento fantasmático. Caminando hacia mi siguiente sesión, un efecto extraño en el cuerpo me invadió, como un mareo, acompañado por un fenómeno perceptivo raro. A pesar de que le dije a una de las pasadoras "Era como si hubiera otra luz en el ambiente", no me sentía frente a un momento de "iluminación", sino bastante asustado. Al llegar a la puerta del consultorio, un llanto repentino me sorprendió, e inmediatamente un pensamiento: "No me quiero soltar".

Al acostarme en el diván, por primera vez hablé del final de mi análisis, pero también dije "Todavía no estoy listo". Al poco tiempo, me enteré de que había sido designado pasador.

### 3. La neurosis infantil

La función de pasador me permitió precisar mejor cómo se había configurado la neurosis infantil en mi caso: el trauma en la catedral a los 3 años, que organizó el fantasma en torno a la defensa "agarrarse del otro", el síntoma "garrapata" que se pone en juego en el preescolar desde los 4 años, el grito "agarrate fuerte" del parque de diversiones que se instala como voz imperativa del superyó a los 7

años, y finalmente la lectura *après coup* de estas escenas *fixionales* a partir de la reconstrucción mítica de la marca original.

Era un niño con muchos miedos y con una larguísima lista de inhibiciones; vivía encerrado en mi casa y, si salía, lo hacía agarrado de alguno de los padres. La madre intentaba que el niño se socialice por dos vías: la del estatus del colegio caro y la de los clubes de deportes. Por esas vías, el niño sólo encontraba el *bullying*. El padre dedicaba casi todo el tiempo a su pasión por la política, criticaba el fútbol por considerarlo “el opio de los pueblos”, y pensaba que los dibujos animados eran “propaganda del imperialismo”, así que el niño aprendió tempranamente cómo conseguir atención de ese padre: decía que de grande quería ser “ministro de Economía de la Nación” y se pasaba el día encerrado entre libros de historia, enciclopedias y Atlas enormes. Pero en ese encierro había algo más.

Promediando la mitad de los años que duró mi segundo periodo de análisis, leyendo en el periódico *Libération* sobre el debate en torno a la ley que habilita el matrimonio homosexual en Francia, me encontré con un artículo titulado “¿Quién defiende al niño queer?”. El texto profundizaba sobre la soledad radical con que vive la segregación un niño que es atacado por un rasgo de su sexualidad, ya que, a diferencia del racismo, el antisemitismo u otro tipo de discriminación, los niños agredidos por algún aspecto de su sexualidad generalmente esconden, hasta de sus propias familias, el rasgo por el cual son segregados, y esto los deja en una particular situación de desamparo.

Estallé en un llanto desconsolado, nunca había notado hasta dónde llevé el silencio de aquel dolor infantil, si en 17 años de análisis jamás había hablado del *bullying* que sufrí en la infancia.

A partir de ahí comencé a entender que el encierro e incluso “la garrapata” también habían sido parte de una defensa ante “el ojo malo” del otro que me volvía objeto de burlas, chismes y agresiones por un rasgo diferente que se dejaba ver en mí y que yo reconocía desde los 4 años pero que por entonces me confundía y me aterraba.

Sentarme siempre cerca de la maestra, no salir al recreo, pasar el día encerrado en la biblioteca, fue un modo silencioso de ocultarme del mundo porque no encontraba la forma de enfrentar ese ojo malo al que le prestaba tanta atención porque reeditaba el trauma una y otra vez. Así, hundido en el silencio me convertí en un niño profundamente triste que se disfrazaba de intelectual siguiendo un rasgo paterno.

Viví escondido hasta los 13 años, cuando empecé a salir probando diferentes estrategias, decidido a enfrentar las circunstancias que me tocaban. Recién a los 15 pude encontrar la manera; fue a través de la militancia estudiantil, orientado nuevamente por un rasgo de mi padre, que murió ese mismo año. Viví mucho tiempo enojado con él, tras el reclamo de que había abandonado a la familia por la política. Un día, digo en sesión: —*No puede ser que aún siga hablando de mi*

*papá en el análisis.* La analista interpreta: *-¡Qué raro! Yo sólo escucho que hablas de tu mamá.*

Efectivamente, tengo que agradecer al psicoanálisis que, caída “la identificación al dolor maternal” (hecho de insatisfacción, rivalidad y duelo), me haya permitido recuperar a ese padre que perdí tan temprano pero que vivió lo suficiente como para dejar las marcas que tomé para ir más allá. Gracias al análisis, entendí que de esas marcas paternas finalmente pude servirme a partir de los 15 años para subirme al mundo, y así, primero con la militancia, luego con la facultad, mi vida empezó a llenarse de amigos, y fueron los amigos quienes me llenaron de vida. Celebrar la amistad fue una solución para mí, un modo de vivificar cada área de mi mundo: los deportes, la formación, los viajes, el trabajo, incluso la pareja.

Acercándose la etapa final del análisis, descubrí que aún faltaba darle una vuelta más “al niño triste” que había sido. En una conversación anecdótica sobre una joven muy cercana, me escuché decir: “Viajó con su amiga”. Advierto entonces que había evitado decir “su novia”. Me horroricé al encontrarme con mi propio rechazo.

Cuando cuento el episodio en sesión, digo: “No puedo creer que haya hablado como un...”. Me detengo, la analista rápidamente interviene: “¿Como un..., como un...? ¡Decilo!”. Lo digo: “...como un conservador patriarcal heteronormativo”. Luego del corte, entendí que en mi caso “el *closet*” nunca tuvo que ver con una declaración pública; desde los 15 años, yo vivía sin necesidad de tener que aclarar nada a nadie; “el *closet*” entonces tenía que ver con la extimidad ante el propio goce.

#### 4. Los sueños de salida y el *sinthome*

Fueron muchas las transformaciones en análisis que me condujeron al final: las identificaciones y las inhibiciones que cayeron, lo que cambió en relación con el falo y sus subrogados, cómo encontré mi propia enunciación en la Escuela y en la lectura de su política, los efectos directos en el cuerpo, en la formación y en mi propia práctica clínica. También fue necesario bordear lo imposible hasta reducirlo a su punto máximo de verificación, y ese trabajo en sí mismo se tornó un tratamiento de aquello que me causaba impotencia.

Lo cierto es que durante el último año de análisis ya podía reconocer la metamorfosis y me daba cuenta de que el final estaba en la puerta, pero esperaba algo que me indicara el momento.

La pandemia de COVID-19 me encontró en el extranjero. A días de llegar al país, se declaró la cuarentena total, preventiva y obligatoria. Sin poder ver amigos, ni familia, con mi pareja en otra ciudad, trabajando *online* en el aislamiento impuesto por las medidas sanitarias, reconocí una posición subjetiva totalmente inédita en mí acompañada de una disposición libidinal que me asombraba.

La verificación de que algo se había vaciado definitivamente, llegó por vía del propio inconsciente: llevábamos 20 días de aislamiento cuando en una conversación telefónica una amiga me dice: *—Lo que extraño son los abrazos.* Entonces, al advertir el tiempo que había pasado sin abrazos, me sorprendí de no haberlo vivido con nostalgia. Aun así, decidí ir hasta mi consultorio para buscar un libro de mi adolescencia que tenía allí: *El libro de los abrazos*, de Eduardo Galeano. Cuando llegué, me había olvidado qué libro estaba buscando, así que elegí dos al azar. Una vez en mi casa, recordé lo que había ido buscar y observé los libros que había traído: “El acto analítico” y la “Proposición...” de 1967. Entre risas, llamé a la analista para preguntarle si podíamos iniciar sesiones por teléfono.

En la primera sesión telefónica, comenté el equívoco de los libros y hablé de la posición subjetiva inédita que reconocía en mí. Me escuché decir entonces: *—Me pasé la vida extrañando a alguien que no estaba o se estaba yendo, y por fin siento que no extraño nada.* La analista repite enfáticamente: *—¡Por fin, por fin!* A partir de allí, vinieron seis meses de sesiones por teléfono. Ellas enmarcaron los dos sueños que me condujeron al final del análisis.

Primer sueño: *Camino por una ciudad que parece un laberinto; busco la salida; se hace de noche y me refugio en una especie de taller mecánico; cuando empieza a amanecer, decido continuar la búsqueda; al salir del lugar, me doy cuenta de que no tengo mi celular; pienso “Perdí mi objeto máspreciado”; cuando volteo para regresar a buscarlo, veo pilas de piezas mecánicas amontonadas, partes de máquinas, autos viejos desarmados, y me doy cuenta de que será imposible rencontrarme con el objeto que perdí, así que sigo camino. Me encuentro con un muro inmenso, todo escrito de grafitis, signos, dibujos, palabras en diferentes idiomas; de repente, desde dentro de ese muro sale un delfín turquesa y luminoso, salta por arriba del muro iluminando todo el lugar, y vuelve a meterse entre todas las palabras escritas; desaparece.*

Me despierto inmediatamente con una gran satisfacción y la seguridad de que ese era el signo que estaba esperando. Rápidamente, cada representación del sueño encuentra su lugar. Pero lo que se me vuelve novedoso y enigmático es la imagen de ese delfín.

Las asociaciones me llevaron varias semanas. Una de las más importantes me recordó el terror infantil que me causaba el agua y la inhibición que tenía para aprender a nadar —claro, allí no había de dónde agarrarse. Pero lo que más me conmovió fue cuando pude leer, en esa imagen del delfín luminoso saltando por encima del muro de palabras, el significante “fin”. Terminando una sesión en la que había surgido una asociación más, que ligaba el delfín con la causa analítica, la analista dice: *—Tal vez llegó el momento de separar el del-fin en sílabas.*

Dos semanas después, tuve un segundo sueño: *Estoy con amigos en un café, veo las ramas de un árbol moverse, se asoma un pato y, desde el árbol, se lanza a una fuente de agua que está en medio del jardín; el pato nada, se zambulle, juega en el agua captando mi atención; me causa mucha risa, me divierto mirándolo.*

*Luego de un rato, vuelve al árbol, sube hasta la rama más alta. Pienso: "¡Ah, claro! Es para que no lo agarren".*

La primera idea que tuve al despertar fue: *Ese "pato" ya no es "mi pathos"*. Sin embargo, recién luego de recibir el dictamen del cártel del pase dimensioné el alcance de ese sueño, ya que allí estaba representada "la extracción del *pathos* de la garra-pata": el modo por medio del cual, de la envoltura formal del síntoma "garrapata", surgía ese rasgo de goce singular que había estado allí desde siempre, pero que ahora se despejaba para un nuevo uso a través del nombre del *sinthome*: *la garra*.

Ahora, mientras escribo este párrafo, vuelve a mi mente aquella intervención de la analista en el marco de la puerta, cuando, apretando su puño frente a mi cara, me dijo: "Eso es muy tuyo".

## 5. El duelo y la risa y el final

Las circunstancias hicieron posible retomar los encuentros presenciales.

Durante los últimos meses, la analista ya no decía ni una palabra, ni un gesto, ni un saludo.

Caminando hacia su consultorio, me di cuenta de que tampoco yo esperaba ninguna revelación del campo del Otro. Por el contrario, tenía la confianza absoluta en que el signo que me indicaría la salida vendría de mi propia palabra.

Hacía poco tiempo que molestos síntomas en el cuerpo se repetían. En esos días, advertí que se habían iniciado después de aquella intervención de "separar el delfín en sílabas" y que se intensificaban cuando la fecha de análisis se acercaba. Entendí entonces que me había instalado en una paradoja: yo quería terminar el análisis, pero no quería soltar a la analista.

Un día antes de ir a sesión, comencé con una gastritis muy aguda. Tendido en el diván, dije: *La única asociación que se me viene a la mente es aquello de que, al final del análisis, hay que atravesar el "duro deseo de duelar"*.<sup>2</sup> La analista exclama: *¡Me duele, me duele!*, y yo empiezo a reír a carcajadas.

Un mes después, soñé que estaba sentado en la sala de espera, aparece la analista, pero, en vez de indicarme que ingrese al consultorio, me dice: *¡Vamos afuera?* Nos sentábamos a conversar en un patio. Pienso: *Tendría que analizar algo antes que se termine el tiempo*. Inmediatamente agregó: *¡Pero es que ya no tengo nada para analizar!* Me despierto.

Estaba seguro de que era el final, pero, a medida que se acercaba la hora de la que sería mi última sesión, me fui encontrando con una sensación extraña, como si algo se fuera desinflando o vaciando; ni un solo signo de entusiasmo, no se

---

<sup>2</sup> Intervención de Eric Laurent en el Congreso de Barcelona, 2018.

parecía a ninguna de todas las fantasías que había supuesto para ese momento tan esperado. No obstante, no había vuelta atrás.

Tendido una vez más en el diván, describiendo la extrañeza que me había invadido, recordé la referencia que utiliza Jacques-Alain Miller cuando se refiere al seminario *El momento de concluir*. Se trata de la estrofa de T. S. Eliot<sup>3</sup> que ubica el final no como una explosión, sino como un suspiro.<sup>4</sup> Más adelante dije que yo pensaba que nunca me podría soltar del análisis, pero que ahora veía claro que ya no tenía nada más que hacer allí; lo que quedaba por hacer, tal como indicaba el sueño, estaba *afuera*. Entonces, la analista hizo un largo suspiro; esa fue su última intervención. Yo me emocioné, me reí y decidí levantarme del diván; ese fue mi acto.

Por supuesto, quedaron restos. Y también quedó un *delfín* que salta bastante suelto del Otro, un saber hacer con la condición de amor para que la distancia no sea un desgarró, un estar advertido de que los ojos negros pueden ser los míos de un momento a otro, un gusto incurable por los abrazos. Y *la garra* que, separada del *pathos*, articula el goce al deseo a través de un estilo que pongo al servicio de la causa analítica.

Cuando salí de la última sesión permanecí el día en silencio, caminando en una quietud que, frente a una pasadora, definí como “una ciudad envasada al vacío”.

Recién por la noche, cuando miré mi celular y llamé a una amiga, al contarle el final de mi última sesión me escuché decir: *Me levanté del diván y nos acompañamos hasta la puerta*. Entonces de vuelta empecé a reírme.

La risa fue ese afecto privilegiado que aprendí a leer como una brújula, ya que, cuanto más *sinthome* seamos, más reiremos, dice Lacan.<sup>5</sup> La risa ante esa frase equívoca, “nos acompañarnos hasta la puerta”, verificaba la separación de la analista, pero también me anunciaba el reencuentro con el inconsciente transferencial desde otro lugar, y allí estaba la “Escuela Una”.

Horas después, llamé al dispositivo del pase, y aquí estoy, ¡poniéndole garra!

---

3 J.-A. Miller, *El último Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 2013, pp. 186-190.

4 La estrofa del poema *The Hollow Men*, de Thomas Stearns Eliot, dice: *This is the way the world ends / Not with a bang, but a whimper*. La traducción exacta de *whimper* es “susurro” o “murmullo”, pero en sesión yo usé el significante “suspiro”.

5 J. Lacan, “Televisión”, *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 546.